

LOS ENCANTOS DE LA CULPA. Fernando María Castiella, Ministro de Asuntos Exteriores de España, habló en la Universidad de Georgetown (Washington, D. C.), acerca de la política exterior de su país en el lapso comprendido entre 1898 y 1960. Su increíble conferencia suele confundir la hispanidad con la abyección y se publica en *Cuadernos Hispanoamericanos*, órgano oficioso del franquismo. El texto contiene muchas afirmaciones que es imposible abstenerse de condenar. Castiella se queja de que España y los Estados Unidos (¡) "comienzan a sufrir esa hostilidad de los que utilizan la noticia como instrumento de una política determinada, como elemento exclusivo de acusación y no como relato honrado de la verdad". Después lamenta —"sin rencor y sin el menor complejo de culpabilidad"— *The splendid little war*, el desastre del 98 que representó para España la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Sus páginas en torno del problema africano no merecen mayor elucidación; pero al referirse a la neutralidad del caudillismo, se atreve a sostener que su gobierno regaló el triunfo a las Naciones Unidas cuando impidió (?) que sus aliados nazifascistas se apoderaran de África en 1941; acción que hubiese permitido a Hitler atacar simultáneamente a Estados Unidos y a Rusia, Insaciable, Castiella hace el panegírico de la División Azul (en la cual combatió como soldado), la negra pandilla que a las órdenes del *condottieri* Agustín Muñoz Grandes secundara a las fuerzas del Eje en el frente soviético. Para el Ministro, la posición anticomunista de Franco justifica el contubernio con el Tercer Reich y Mussolini. "No olvidamos los españoles, pues no somos ingratos, que esa ayuda por mínima que fuera contribuyó a que nos libráramos del comunismo. Nadie tiene derecho a censurar la forma en que resolvimos un problema de política interna. Más de la mitad de mi generación ha muerto defendiendo los ideales de la fe cristiana en una guerra civil que para nosotros fue una cruzada. Pero estamos convencidos de que la mejor garantía del futuro han de ser la comprensión y el apoyo a los Estados Unidos, la nación más poderosa de la Tierra, la nación que ha sabido conjugar la grandeza y la amistad." *Quod erat demonstrandum*...

APOLLINAIRE Y NAPOLEÓN. Anatol Stern acrece en *Mito* la posibilidad de una leyenda: es probable que Guillaume Apollinaire, autor de *Alcools* y *Calligrammes*, sea biznieto de Napoleón. Hijo único de Bonaparte y María Luisa, nacido en las Tullerías (1811), el personaje que la historia recuerda como *L'Aiglon* (rey de Roma, príncipe de Parma y duque del Reichstad) alcanzó el exilio, no el reino, y murió en Schoenbrunn en 1833. Según una hipótesis de la familia Kostrowicki, de la cual descendía la madre del poeta, Napoleón II engendró con Mélanie Kostrowicki un hijo que posiblemente fue el oscuro padre de Apollinaire. Stern ofrece algunas pruebas de que éste no era ajeno al misterio de sus antepasados. Separa de su obra un relato esclarecedor: *La casa del águila*, del volumen *Le poete assassiné*, que narra un encuentro en las calles de Viena por las que

huye un perseguido heredero de Napoleón, el rostro cubierto por una máscara de águila para ocultar la cara que revive los rasgos del abuelo. Asimismo —en otro relato, *Le passant de Prague*— Apollinaire incurre en otra de sus alusiones al vencedor de Austerlitz: "Es mi rostro con mis ojos oscuros y ansiosos", exclama cuando Isaac Laquedem, el Judío Errante, señala en un templo una amatista cuyo contorno recuerda a Napoleón. En México estas leyendas son cosas del pasado; mas hubo un tiempo en que se habló de otras oscuras descendencias: Maxime Weygand, el mariscal francés derrotado en 1940 era, según algunos, hijo de Carlota Amalia de Bélgica y Juan Nepomuceno Almonte, hijo a su vez de José María Morelos. Alfonso XIII había nacido del real adulterio de María Cristina de Habsburgo-Lorena con Ramón Corona, héroe de las batallas contra la invasión francesa y embajador mexicano en Madrid.

MEXIKANER REQUIEM. Hace poco —informa *The Observer*— se llevó al cabo en París la séptima sesión de la Tribuna Internacional de Compositores, organizada por el Consejo Internacional de la Música. Como las anteriores esta reunión tuvo por objeto el intercambio de programas radiofónicos y la elección de las obras más interesantes para grabarse o editar. De las setenta obras escuchadas dos óperas merecieron la más alta puntuación: *The Diary of Madnan* del inglés Humphrey Searle y *The Twilight Crane* del sueco Sven Eric Bäck. Un hilo común vertebró las composiciones presentadas: la voluntaria aridez, el rechazo de todo sentimiento musical profundo, el tono experimental, el imperioso deseo de originalidad que caracteriza la producción musical contemporánea. Frente a la mecánica sonora de un André Jolivet, la brevísima ópera de Searle (inspirada en un cuento de Gogol) aparece límpida y simple, pese al empleo de un magnetofón para lograr efectos electrónicos. Como es costumbre, ninguna obra mexicana fue presentada. ¿Acaso escriben nuestros compositores? La mayor parte se abandona a la placidez burocrática; los menos, aquellos que sí trabajan, no obtienen el interés del público, ni de los editores, grabadores e intérpretes.

SOUFRANCES ET BONHEUR DU CHRETIEN. En reciente entrega de *Les Lettres Françaises*, Robert Merle —narrador, dramaturgo, periodista— dirige un encendido mensaje, ejemplar por la lúcida honradez que lo apunala, a François Mauriac, ese gran escritor novelizado a quien el tiempo y el sillón académico no logran despojar de una loable atención por el presente y el futuro del mundo, una sorprendente, combativa juventud que se comprueba semanalmente en su *Block-Notes* de *L'Express*. Tras de elogiar y admirar al novelista y al hombre de acción, Merle enjuicia severamente al escritor político que, en nombre del sentimiento, olvida los mecanismos de la razón: "Mauriac, apunta, utiliza su temperamento de hombre de derecha para defender las ideas del hombre de izquierda; no persuade, no convence, ridiculiza". La más inaceptable de sus posiciones es, para

Merle y para muchos, la hiperdulía que profesa a De Gaulle, caudaloso perpetrador de biografías megalomaniacas, iniciador de una *nouvelle nouvelle grandeur de la France*, anestesista inigualable en la dolorosa "operación" argelina. El texto de Merle (y, pese a sus limitaciones, la actitud del autor de *Sufrimientos y dicha del cristiano*) manifiesta la pasión, el necesario interés —por no decir "engagement", término corrompido por las falsas posturas— que todo artista debe tener por los graves problemas de su tiempo.

LA LENTA LIBERTAD. Con amoroso empeño, Luis Cernuda ha reunido las *Poesías Completas (1926-1959)* de Manuel Altolaguirre (Tezontle, F. C. E. 291 pp.). A lo largo de muchos años Altolaguirre sembró el camino de sus días mexicanos con su trabajo poético y tipográfico, con mil ejemplos de generosa amistad. Este volumen hace presente la figura de un poeta luminoso, envuelto en una perpetua adolescencia, que enamorado de la poesía, deseo y creación, vivió en ella su principal fuente de conocimiento, reveladora de lo que ya sabemos y olvidamos; apta para el rescate del tiempo que perdimos, para obtener una lenta libertad que trascienda la confusión de la existencia. *Las islas invitadas*, poemas de sencillez y ágil hermosura, comienzan una labor que habría de culminar, poco antes de la trágica muerte, con una serie de composiciones en las que resucita los temas siempre gratos al sentimiento español: "Parece que mi destino / es el de vivir soñando. / A vida que es toda sueño / la muerte no le hará daño." Escrita en Londres durante el invierno de 1933, completada en México, la primavera del 58, su perfecta versión de *Adonais*, la elegía de Shelley a la muerte de John Keats, es una de las más hermosas paráfrasis que se han escrito en nuestro idioma. No menos ejemplar es su versión de *El convidado de piedra*, el célebre poema dramático de Pushkin en torno al inmutable tema de don Juan.

LA RESACA. Termina la gran temporada parisiense y Georges Sadoul inicia en *Les Lettres Françaises* el recuento de doce meses frente a la pantalla. El primer artículo está consagrado a la *nouvelle vague*. El entusiasmo provocado por las grandes películas que, durante 1958-59, hicieron cambiar radicalmente el "estilo" de la cinematografía francesa (*Hiroshima, mon amour, Les 400 coups, Les cousins, Les amants, Le beau Serge, La tête contre les murs*) se traduce hoy en franca decepción: para Sadoul la nueva ola no ha ofrecido, en 1959-60, lo que de ella se esperaba. El célebre crítico señala un cierto: *Au bout du souffle*, film anarquista de Godard que sepulta los convencionalismos imperantes en el diálogo, el montaje y la fotografía. Elogia *On n'enterre pas le dimanche* de Michel Drach; considera vulnerado por las concesiones al gran público *Les liaisons dangereuses* de Vadin. Se decepciona ante *Les bonnes femmes* de Chabrol. Es preciso aceptar que esta temporada marca un alto en el camino del poderoso movimiento; pero no es improbable que la situación sea transitoria, a juzgar por las intenciones de los realizadores que, por encima de sus errores, ensanchan notablemente la amplitud de temas y técnicas que dieron forma a su primera época.